

REALISMO Y NATURALISMO

En la segunda mitad del siglo XIX apareció el Realismo, movimiento que sustituyó la imaginación romántica por la observación, pues pretendía reflejar la vida cotidiana y social tal como era. Si el romántico busca la inspiración en su mundo interior, el realista muestra la realidad exterior de forma objetiva. Entre las características que definen el Realismo cabe destacar las siguientes:

- Se busca, por encima de todo, la **objetividad**. El escritor intenta que su obra refleje la realidad social de manera exacta. Los sentimientos del autor deben quedar al margen de la obra.
- El afán de objetividad es compatible, no obstante, con el **punto de vista narrativo omnisciente**, es decir, aquel en que el autor anticipa lo que va a ocurrir, opina y juzga a sus personajes y dialoga con el lector.
- Las obras giran en torno a **un protagonista**. La obra literaria se convierte en el relato del choque entre sus aspiraciones personales y las normas sociales. De este enfrentamiento el protagonista suele salir derrotado. En buena parte, se trata del conflicto que ya habían planteado los románticos, solo que ahora el autor se pone del lado de la realidad, “castigando” con el fracaso a los personajes demasiado idealistas.
- El **estilo** es sobrio, sencillo, fruto de una intensa labor de depuración.
- El Realismo se expresa sobre todo por medio de la **novela**, el género más apto para describir la realidad social. De este modo, el género novelístico experimentará un extraordinario desarrollo, en detrimento de la poesía y el teatro.
- El propósito de describir la sociedad en su totalidad casi nunca se cumple, porque el escritor realista se limita a describir el **mundo de la burguesía, de la clase media**, con escasas incursiones en los ambientes de los obreros o de los marginados. Será el Naturalismo el que incorpore estos sectores a la novela.

En el último tercio del siglo XIX se desarrolla en Francia una tendencia novelística conocida como **Naturalismo**. Fue creada por Émile Zola, quien pretende que el novelista actúe como un científico. Este movimiento intensifica los principios del Realismo e incorpora la visión determinista del evolucionismo y de las leyes sobre la herencia. El Naturalismo se caracteriza por estos aspectos:

- Para realizar un **documento** detallado de la realidad, el artista emplea los **métodos de las ciencias experimentales** y aplica el **determinismo**. Según esta teoría, el ser humano no es libre, sino que está condicionado por su herencia biológica y su entorno.
- Reproduce **ambientes sórdidos** o desagradables, y presenta personajes marcados por la herencia y por el medio: tarados, alcohólicos, psicópatas... En general, el Naturalismo representa una **corriente crítica** que denuncia carencias e injusticias sociales.

Aunque el **Realismo** llegó con retraso a España, hacia 1868, la producción literaria realista alcanzó un desarrollo considerable. Los novelistas realistas ensayan nuevas formas narrativas.

Para renovar la narrativa, los novelistas se apoyan en dos modelos: por un lado, en la tradición realista de la literatura española de los siglos XVI y XVII (Cervantes y la picaresca) y, por otro, en el realismo europeo. Muchas novelas reflejan la ideología de los escritores. Así, pues, Galdós y Clarín muestran sus simpatías por las ideas liberales (Realismo liberal, que busca el progreso de la

sociedad) e intensifican el enfoque realista, mientras que Alarcón y Pereda defienden posiciones católicas (Realismo conservador).

El **Naturalismo** llegó a España acompañado de una fuerte **polémica**. La inició Emilia Pardo Bazán en su ensayo *La cuestión palpitante*, donde rechaza el determinismo materialista de Zola. De hecho, en la narrativa española resulta difícil distinguir entre Realismo y Naturalismo, ya que este último sólo influyó de forma limitada en algunos escritores; se adoptó la estética naturalista (ciertas técnicas narrativas), pero no la ideología subyacente, que rechazaba la libertad del hombre.

1. AUTORES DE LA NOVELA REALISTA

Entre 1850 y 1870 hubo un período de transición del Romanticismo al Realismo, en el cual se desarrolla una novela prerrealista. El punto de partida del Realismo lo constituye la narrativa costumbrista de Fernán Caballero y, posteriormente, las obras de Alarcón y Pereda.

De los novelistas del Realismo, la crítica destaca dos grandes creadores: **Galdós** y **Clarín**. En segundo término, se valora la obra de **Valera** y **Pardo Bazán**.

1.1. Benito Pérez Galdós (1843-1920)

Nació en Las Palmas de Gran Canaria, pero vivió casi toda su vida en Madrid. Considerado el mejor novelista de la literatura española después de Cervantes, fue un escritor vocacional y profesional, cuya interesante producción teatral quedó eclipsada por su obra narrativa.

A) **Los episodios nacionales** son 46 novelas históricas, escritas a lo largo de toda la carrera literaria de Galdós, que constituyen una amplia reconstrucción novelada de la historia de España en el siglo XIX. A diferencia de la novela histórica romántica, los *episodios* presentan rigor documental y una intención de interpretar el presente analizando el pasado.

B) Las novelas no históricas se clasifican en cuatro etapas:

1. En sus primeras novelas (años 70), el autor presenta un mundo de enfrentamientos ideológicos, en el que los tradicionalistas, intransigentes y apegados al pasado se oponen a los progresistas, más abiertos y con la mirada puesta en el futuro. Su propósito es criticar y atacar las posturas más conservadoras. Se trata, por tanto, de novelas "**de tesis**", de las que *Doña Perfecta* es un buen ejemplo.

2. Galdós llamó "**Novelas españolas contemporáneas**" a las publicadas a partir de 1881. En ellas se refleja un completísimo panorama de la sociedad española de su tiempo, como lo hicieron también Balzac en Francia y Dickens en Inglaterra. A pesar de que Galdós sigue criticando los defectos del mundo que retrata, los personajes de esta serie de novelas son seres humanos complejos, no esquematizados como los de las obras anteriores. Son de destacar *La desheredada* (influenciada por el Naturalismo), *Tormento* y, en especial, *Fortunata y Jacinta* (1887), considerada la obra maestra de Galdós.

3. En las novelas publicadas en la década de los 90, como *Nazarín* o *Misericordia*, Galdós muestra un creciente interés por los **temas morales y espirituales**.

1.2. Leopoldo Alas “Clarín” (1852-1901)

Leopoldo Alas nació en Zamora, si bien pasó toda su vida en Oviedo. Debido a su ideología liberal, adoptó posturas profundamente críticas frente a la sociedad de su tiempo. Denunció la hipocresía, la corrupción política, los convencionalismos, la insolidaridad, las injusticias, etc.

Además de una serie de excelentes **artículos de crítica literaria**, la obra de Clarín la componen más de sesenta cuentos y varias novelas. De entre los **cuentos**, citamos *iAdiós, Cordera, adiós!*. Entre sus **novelas** destaca *La Regenta*, una de las cumbres de la narrativa española de todos los tiempos, publicada en el año 1885.

La Regenta consta de treinta capítulos distribuidos en dos partes de quince capítulos cada una. La primera parte transcurre en tres días y en ella predomina la minuciosa descripción de ambientes y de caracteres. En la segunda, una vez ya conocidos los ambientes, los personajes y las relaciones entre éstos, predomina la acción. Por eso, en los quince últimos capítulos pasan tres años. La acción transcurre en Vetusta (trasunto literario de Oviedo), una ciudad anclada en el pasado, tradicional y conservadora.

En Vetusta vive la protagonista, Ana Ozores, una mujer inquieta e insatisfecha, que se siente abrumada en una sociedad hipócrita, intransigente, mezquina y apegada al pasado.

El naturalismo de la novela se aprecia, sobre todo, en la presión que la sociedad ejerce sobre los protagonistas, fundamentalmente sobre Ana Ozores, y sobre el magistral Fermín de Pas. La conducta y el temperamento de ambos están marcados por sus orígenes, por el ambiente familiar en que se han educado y por el ambiente social en que se mueven.

Clarín es un gran observador, y lo demuestra en el cuidadoso análisis que realiza de la sociedad. Son excepcionales los retratos de sus personajes: en especial sus descripciones psicológicas, realizadas con un estilo preciso, elegante y riguroso. Con frecuencia, y de acuerdo con los principios naturalistas, el narrador deja hablar a sus personajes mediante el uso del estilo indirecto libre, que consiste en introducirse directamente en lo que piensa el personaje eliminando los verbos del tipo *pensó, creyó*, etc. y los enlaces subordinantes (*que*). Ello no impide que mantenga su posición de narrador externo omnisciente, que interviene en la obra, dando sus opiniones sobre las acciones de los personajes.

En la novela sobresale ante todo la aguda ironía del autor, puesta al servicio de una demoledora crítica de la sociedad, hipócrita y mezquina.

TEXTO 28

Emilia Pardo Bazán (1851-1921)

Los pazos de Ulloa

La autora, creadora de excelentes cuentos y novelas realistas (con elementos técnicos naturalistas), presenta en esta obra la decadencia de la aristocracia rural gallega. En el fragmento que os ofrecemos, el sacerdote don Julián vive una curiosa y cruel escena en el momento de la cena. Participan también Primitivo, una especie de capataz del marqués del pazo, y su hija Sabel.

Como si también los perros comprendiesen su derecho a ser atendidos antes que nadie, acudieron desde el rincón más oscuro, y olvidando el cansancio, exhalaban famélicos bostezos, meneando la cola y levantando el partido hocico. Julián creyó al pronto que se había aumentado el número de canes, tres antes y cuatro ahora; pero al entrar el grupo canino en el círculo de viva luz que proyectaba el fuego, advirtió que lo que tomaba por otro perro no era sino un rapazuelo de tres a cuatro años, cuyo vestido, compuesto de chaquetón acastañado y calzones de blanca estopa, podía desde lejos equivocarse con la piel bicolor de los perdigueros, en quienes parecía vivir el chiquillo en la mejor inteligencia y más estrecha fraternidad. Primitivo y la moza disponían en cubetas de palo el festín de los animales, entresacado de lo mejor y más grueso del pote; y el marqués -que vigilaba la operación-, no dándose por satisfecho, escudriñó con una cuchara de hierro las profundidades del caldo, hasta sacar a luz tres gruesas tajadas de cerdo, que fue distribuyendo en las cubetas. Lanzaban los perros alaridos entrecortados, de interrogación y deseo, sin atreverse aún a tomar posesión de la pitanza; a una voz de Primitivo, sumieron de golpe el hocico en ella, oyéndose el batir de sus apresuradas mandíbulas y el chasqueo de su lengua glotona. El chiquillo gateaba por entre las patas de los perdigueros, que, convertidos en fieras por el primer impulso del hambre no saciada todavía, le miraban de reojo, regañando los dientes y exhalando ronquidos amenazadores: de pronto la criatura, incitada por el tasajo que sobrenadaba en la cubeta de la perra Chula, tendió la mano para cogerlo, y la perra, torciendo la cabeza, lanzó una feroz dentellada, que por fortuna solo alcanzó la manga del chico, obligándole a refugiarse más que de prisa, asustado y lloriqueando, entre las sayas de la moza, ya ocupada en servir caldo a los racionales. Julián, que empezaba a descalzarse los guantes, se compadeció del chiquillo, y, bajándose, le tomó en brazos, pudiendo ver que a pesar del mugre, la roña, el miedo y el llanto, era el más hermoso angelote del mundo.

30 -¡Pobre! -murmuró cariñosamente-. ¿Te ha mordido la perra? ¿Te hizo sangre? ¿Dónde te duele, me lo dices? Calla, que vamos a reñirle a la perra nosotros. ¡Pícara, malvada!

Reparó el capellán que estas palabras suyas produjeron singular efecto en el marqués. Se contrajo su fisonomía: sus cejas se fruncieron, y arrancándole a Julián el chiquillo, con brusco movimiento le sentó en sus rodillas, palpándole las manos, a ver si las tenía mordidas o lastimadas. Seguro ya de que sólo el chaquetón había padecido, soltó la risa.

40 -¡Farsante! -gritó-. Ni siquiera te ha tocado la Chula. ¿Y tú, para qué vas a meterte con ella? Un día te come media nalga, y después lagrimitas. ¡A callarse y a reírse ahora mismo! ¿En qué se conocen los valientes? Diciendo así, colmaba de vino su vaso, y se lo presentaba al niño que, cogiéndolo sin vacilar, lo apuró de un sorbo. El marqués aplaudió:

-¡Retebién! ¡Viva la gente templada!

45 -No, lo que es el rapaz... El rapaz sale de punta -murmuró el abad de Ulloa.

-¿Y no le hará daño tanto vino? -objetó Julián, que sería incapaz de bebérselo él.

- ¡Daño! ¡Sí, buen daño nos dé Dios! -respondió el marqués, con no sé qué inflexiones de orgullo en el acento-. Dele usted otros tres, y ya verá...
- 50 ¿Quiere usted que hagamos la prueba?
-Los chupa, los chupa -afirmó el abad.
-No, señor; no, señor... Es capaz de morirse el pequeño... He oído que el vino es un veneno para las criaturas... Lo que tendrá será hambre.
55 -Sabel, que coma el chiquillo -ordenó imperiosamente el marqués, dirigiéndose a la criada.

COMENTEMOS

1. ¿Cómo está caracterizado el niño?

2. Teniendo en cuenta lo que hemos dicho del Naturalismo, ¿crees que esta escena correspondería a las características de dicho movimiento literario? Justifica tu respuesta.

TEXTO 29

Benito Pérez Galdós

Fortunata y Jacinta

El siguiente fragmento describe la visita de Jacinta, junto con su amiga Guillermina, a los barrios bajos, donde esperan encontrar a un supuesto hijo de Juanito.

- Avanzaron por el corredor, y a cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo, con el tubo de hierro sobre las brasas para hacer tiro; bien el montón de zaleas o de ruedos, ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua. De todas las puertas abiertas y de las ventanillas salían voces o de disputa, o de algazara festiva. Veían las cocinas con
- 5 los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar junto a la puerta, y allá en el testero de las breves estancias la indispensable cómoda con su hule, el velón con pantalla verde y en la pared una especie de altarucho formado por diferentes estampas, alguna lámina al cromo de prospectos o periódicos satíricos, y muchas fotografías. Pasaban por un domicilio
- 10 que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más

allá sonaba el convulsivo tiquitique de una máquina de coser, y acudían a las
 15 ventanas bustos y caras de mujeres curiosas. Por aquí se veía un enfermo
 tendido en un camastro, más allá un matrimonio que disputaba a gritos.
 Algunas vecinas conocieron a doña Guillermina y la saludaban con respeto.
 En otros círculos causaba admiración el empaque elegante de Jacinta. Poco
 20 más allá cruzáronse de una puerta a otra observaciones picantes e
 irrespetuosas. «Señá Mariana, ¿ha visto que nos hemos traído el sofá en la
 rabadilla? ¡ja, ja, ja!».

Guillermina se paró, mirando a su amiga: «Esas chafalditas no van
 conmigo. No puedes figurarte el odio que esta gente tiene a los polisones, en
 lo cual demuestran un sentido... ¿cómo se dice?, un sentido estético superior
 25 al de esos haraganes franceses que inventan tanto pegote estúpido».

Jacinta estaba algo corrida; pero también se reía, Guillermina dio dos
 pasos atrás, diciendo: «Ea, señoras, cada una a su trabajo, y dejen en paz a
 quien no se mete con ustedes».

Luego se detuvo junto a una de las puertas y tocó en ella con los
 nudillos.

30 «La señá Severiana no está -dijo una de las vecinas-. ¿Quiere la
 señora dejar recado?...».

-No; la veré otro día.

Después de recorrer dos lados del corredor principal, penetraron en
 una especie de túnel en que también había puertas numeradas; subieron co-
 35 mo unos seis peldaños, precedidas siempre de la zancuda, y se encontraron
 en el corredor de otro patio, mucho más feo, sucio y triste que el anterior.
 Comparado con el segundo, el primero tenía algo de aristocrático y podría
 pasar por albergue de familias distinguidas. Entre uno y otro patio, que
 pertenecían a un mismo dueño y por eso estaban unidos, había un escalón
 40 social, la distancia entre eso que se llama capas. Las viviendas, en aquella
 segunda capa, eran más estrechas y miserables que en la primera; el revoco
 se caía a pedazos, y los rasguños trazados con un clavo en las paredes
 parecían hechos con más saña, los versos escritos con lápiz en algunas
 45 puertas más necios y groseros, las maderas más despintadas y roñosas, el
 aire más viciado, el vaho que salía por puertas y ventanas más espeso y
 repugnante. Jacinta, que había visitado algunas casas de corredor, no había
 visto ninguna tan tétrica y mal oliente. «¿Qué, te asustas, niña bonita? -le
 dijo Guillermina-. ¿Pues qué te creías tú, que esto era el Teatro Real o la casa
 de Fernán-Núñez? Ánimo. Para venir aquí se necesitan dos cosas: caridad y
 50 estómago».

AMPLIACIÓN

1. La descripción de ambientes es esencial en la novela realista. Jacinta y Guillermina visitan una casa de corredor, constituida por un patio rectangular y unos corredores con viviendas; pasan primero por un corredor y después por otro que da a un segundo patio. ¿Había alguna diferencia social entre la gente que ocupaba las viviendas del primer corredor y las personas que habitaban en las del segundo? ¿Cuáles?
2. Los escritores realistas describen con exactitud los ambientes. Para ello deben localizar las cosas de forma exacta y emplear un léxico preciso. Indica algún ejemplo en el texto.
3. A veces se incorpora alguna expresión coloquial para acentuar el carácter documental de la descripción. Señala alguna.

La de Bringas (1884)

Es uno de los espléndidos estudios de la psicología femenina tan abundantes en la literatura realista española y europea. El relato se centra en Rosalía Pipaón, mujer atractiva, cada vez más aficionada al lujo en el vestir y a vivir por encima de las posibilidades que le permite su matrimonio con el honrado funcionario Bringas, tacaño y maniático. Su creciente frustración se advierte en este texto.

5 Seguramente, si ella se veía en cualquier ahogo, acudiría Pez a
auxiliarla con aquella delicadeza galante que Bringas no conocía ni había
mostrado jamás en ningún tiempo, ni aun cuando fue su pretendiente, ni en
los días de la luna de miel, pasados en Navalcarnero... ¡Qué tinte tan ordina-
rio había tenido siempre su vida toda! Hasta el pueblo elegido para la
10 inauguración matrimonial era horriblemente inculto, antipático y contrario a
toda idea de buen tono... Bien se acordaba la dama de aquel lugarón, de
aquella posada en que no había ni una silla cómoda en que sentarse, de
aquel olor a ganado y a paja, de aquel vino sabiendo a pez y aquellas chule-
tas sabiendo a cuero... Luego el pedestre Bringas no le hablaba más que de
15 cosas vulgares. En Madrid, el día antes de casarse, no fue hombre para
gastarse seis cuartos en un ramo de rositas de olor... En Navalcarnero le
había regalado un botijito, y la llevaba a pasear por los trigos, permitiéndose
coger amapolas, que se deshojaban en seguida. A ella le gustaba muy poco
el campo y lo único que se lo habría hecho tolerable era la caza; pero
20 Bringas se asustaba de los tiros, y habiéndole llevado en cierta ocasión el
alcalde a una campaña venatoria, por poco mata al propio alcalde. Era
hombre de tan mala puntería que no daba ni al viento... De vuelta en Madrid,
había empezado aquella vida matrimonial reglamentada, oprimida, com-
puesta de estrecheces y fingimientos, una comedia doméstica de día y de
noche, entre el metódico y rutinario correr de los ochavos y las horas. Ella,
sometida a hombre tan vulgar, había llegado a aprender su frío papel y lo
representaba como una máquina sin darse cuenta de lo que hacía. Aquel
25 muñeco hízola madre de cuatro hijos, uno de los cuales había muerto en la
lactancia. Ella les quería entrañablemente, y gracias a esto, iba creciendo el
vivo aprecio que el muñeco había llegado a inspirarle... Deseaba que el tal
viviese y tuviera salud; la esposa fiel seguiría a su lado, haciendo su papel
con aquella destreza que le habían dado tantos años de hipocresía. Pero
30 para sí anhelaba ardientemente algo más que vida y salud; deseaba un po-
co, un poquito siquiera de lo que nunca había tenido, libertad, y salir, aunque
solo fuera por modo figurado, de aquella estrechez vergonzante. Porque, lo
decía con sinceridad, envidiaba a los mendigos, pues estos, el ochavo que
tienen lo gozan con libertad, mientras que ella...

COMENTEMOS

1. ¿Cómo resumirías los sentimientos de Rosalía de Bringas con respecto a su marido?

Subraya las expresiones con las que se refiere a él. ¿Qué le reprocha la protagonista?

2. Explica cuál es la técnica narrativa empleada por el autor en este fragmento.

TEXTO 30

Leopoldo Alas, "Clarín"

La Regenta

En el siguiente fragmento se ofrece un retrato del magistral don Fermín de Pas.

De Pas no se pintaba. Más bien parecía estucado. En efecto, su tez blanca tenía los reflejos del estuco. En los pómulos, un tanto avanzados, bastante para dar energía y expresión característica al rostro, sin afearlo, había un ligero encarnado que a veces tiraba al color del alzacuello y de las medias. No era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol; era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor o de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre. Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo. En los ojos del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé, lo más notable era la suavidad de liquen; pero en ocasiones, de en medio de aquella crasitud pegajosa salía un resplandor punzante, que era una sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas. Aquella mirada la resistían pocos; a unos les daba miedo, a otros asco; pero cuando algún audaz la sufría, el Magistral la humillaba cubriéndola con el telón carnoso de unos párpados anchos, gruesos, insignificantes, como es siempre la carne informe. La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba. Los labios largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados a vivir comprimidos por la barba que tendía a subir, amenazando para la vejez, aún lejana, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencias de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba puntiaguda y levantisca semejava el candado de aquel tesoro. La cabeza pequeña y bien formada, de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco, de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido; y a lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles de Vetusta.

COMENTARIO

1. ¿Qué nombre recibe la descripción de rasgos físicos de las personas?
2. ¿En qué parte del cuerpo del magistral se centra la descripción?
3. El autor utiliza diversas comparaciones. Busca alguna y explica su significado.
4. Localiza alguna personificación y coméntala.
5. Además de la descripción física, Clarín nos proporciona información sobre el carácter del personaje. ¿Cómo es éste?
6. ¿Qué nombre recibe la descripción del carácter de las personas?
7. ¿Qué tipo de narrador crees que aparece en el texto? Justifica tu respuesta.

En este fragmento de La Regenta, la protagonista recuerda su infancia.

Se acordó de que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados.

«Ni madre ni hijos».

5 Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla la había conser-
vado desde la niñez. Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba
a acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apagaba la luz y se iba.
Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se
atrevía a andar en la oscuridad y pegada a la cama seguía llorando, tendida
10 así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la sábana que mojaba
con lágrimas también. Aquella blandura de los colchones era todo lo
maternal con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre
niña. Entonces debía de tener, según sus vagos recuerdos, cuatro años.
Veintitrés habían pasado, y aquel dolor aún la enternecía. Después, casi
15 siempre, había tenido grandes contrariedades en la vida, pero ya desprecia-
ba su memoria; una porción de necios se habían conjurado contra ella; todo
aquello le repugnaba recordarlo; pero su pena de niña, la injusticia de
acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía y
le inspiraba una dulcísima lástima de sí misma. Como aquel a quien, antes
20 de descansar en su lecho el tiempo que necesita, obligan a levantarse, sien-
te sensación extraña que podría llamarse nostalgia de blandura y del calor
de su sueño, así, con parecida sensación, había Ana sentido toda su vida
nostalgia del regazo de su madre. Nunca habían oprimido su cabeza de niña
contra un seno blando y caliente; y ella, la chiquilla, buscaba algo parecido
25 donde quiera. Recordaba vagamente un perro negro de lanas, noble y her-
moso; debía de ser un terranova. -¿Qué habría sido de él?-. El perro se tendía
al sol, con la cabeza entre las patas, y ella se acostaba a su lado y apoyaba
la mejilla sobre el lomo rizado, ocultando casi todo el rostro en la lana suave
y caliente. En los prados se arrojaba de espaldas o de bruces sobre los
30 montones de yerba segada. Como nadie la consolaba al dormirse llorando,
acababa por buscar consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz
y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que
quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de
su oído:

35 Sábado, sábado, morena,
cayó el pajarillo en trena
con grillos y con cadenaaa...

Y esto otro:
Estaba la pájara pinta
a la sombra de un verde limón...

40 Estos cantares los oía en una plaza grande a las mujeres del pueblo
que arrullaban a sus hijuelos...

Y así se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno
de su madre soñada y que realmente oía aquellas canciones que sonaban
dentro de su cerebro. Poco a poco se había acostumbrado a esto, a no tener
45 más placeres puros y tiernos que los de su imaginación.

AMPLIACIÓN

1. Enuncia el tema del fragmento.

2. ¿Quién es el narrador en el fragmento? ¿Cuál es el punto de vista narrativo?

3. ¿Cómo se denominan, en la narrativa, los saltos al pasado? ¿Puede considerarse este fragmento un salto temporal de este tipo?

4. En la última oración antes de la canción se aprecia con claridad una muestra de estilo indirecto libre. Señálalo. ¿En qué consiste esta forma de narrar?

El siguiente fragmento describe el momento en que Ana Ozores contempla, desde el balcón, a los vetustenses dirigiéndose al cementerio.

5 Se asomó al balcón. Por la plaza pasaba todo el vecindario de la Encimada camino del cementerio, que estaba hacia el Oeste, más allá del Espolón sobre un cerro. Llevaban los vetustenses los trajes de cristianar; criadas, nodrizas, soldados y enjambres de chiquillos eran la mayoría de los transeúntes; hablaban a gritos, gesticulaban alegres; de fijo no pensaban en los muertos. Niños y mujeres del pueblo pasaban también, cargados de coronas fúnebres baratas, de cirios flacos y otros adornos de sepultura. De vez en cuando un lacayo de librea, un mozo de cordel atravesaban la plaza abrumados por el peso de colosal corona de siemprevivas, de blandones como columnas, y catafalcos portátiles. Era el luto oficial de los ricos que sin ánimo o tiempo para visitar a sus muertos les mandaban aquella especie de besa-la-mano. Las personas decentes no llegaban al cementerio; las señoritas emperifolladas no tenían valor para entrar allí y se quedaban en el Espolón paseando, luciendo los trapos y dejándose ver, como los demás días del año. Tampoco se acordaban de los difuntos; pero lo disimulaban; los trajes eran oscuros, las conversaciones menos estrepitosas que de costumbre, el gesto algo más compuesto... Se paseaba en el Espolón como se está en una visita de duelo en los momentos en que no está delante ningún pariente cercano del difunto. Reinaba una especie de discreta alegría contenida. Si en algo se pensaba alusivo a la solemnidad del día era en la ventaja positiva de no contarse entre los muertos. Al más filósofo vetustense se le ocurría que no somos nada, que muchos de sus conciudadanos que se paseaban tan tranquilos, estarían el año que viene con los otros; cualquiera menos él.

25 Ana aquella tarde aborrecía más que otros días a los vetustenses; aquellas costumbres tradicionales, respetadas sin conciencia de lo que se hacía, sin fe ni entusiasmo, repetidas con mecánica igualdad como el rítmico volver de las frases o los gestos de un loco; aquella tristeza ambiente que no tenía grandeza, que no se refería a la suerte incierta de los muertos, sino al aburrimiento seguro de los vivos, se le ponían a la Regenta sobre el corazón, y hasta creía sentir la atmósfera cargada de hastío, de un hastío sin remedio, eterno. Si ella contara lo que sentía a cualquier vetustense, la llamaría romántica; a su marido no había que mentarle semejantes penas; en seguida se alborotaba y hablaba de régimen, y de programa y de cambiar de vida.

- 35 Todo menos apiadarse de los nervios o lo que fuera. [...]
«¡Y las campanas toca que tocarás!». Ya pensaba que las tenía dentro del cerebro; que no eran golpes del metal sino aldabonazos de la neuralgia que quería enseñorearse de aquella mala cabeza, olla de grillos mal avenidos.
- 40 Sin que ella los provocase, acudían a su memoria recuerdos de la niñez, fragmentos de las conversaciones de su padre, el filósofo, sentencias de escéptico, paradojas de pesimista, que en los tiempos lejanos en que las había oído no tenían sentido claro para ella, mas que ahora le parecían materia digna de atención.
- 45 «De lo que estaba convencida era de que en Vetusta se ahogaba; tal vez el mundo entero no fuese tan insoportable como decían los filósofos y los poetas tristes; pero lo que es de Vetusta con razón se podía asegurar que era el peor de los poblachones posibles». Un mes antes había pensado que el Magistral iba a sacarla de aquel hastío, llevándola consigo, sin salir de la
- 50 catedral, a regiones superiores, llenas de luz. «Y capaz de hacerlo como lo decía debía de ser, porque tenía mucho talento y muchas cosas que explicar; pero ella, ella era la que caía de lo alto a lo mejor, la que volvía a aquel enojo, a la aridez que le secaba el alma en aquel instante».